

BAUTISMO Y VIDA MONÁSTICA

“Si permaneces con el alma sobria y vigilante la fiesta de tu bautismo se prolonga para tí por todos los tiempos, siempre que conserves tu vestidura nupcial intacta y deslumbrante” (*san Juan Crisóstomo*).

El seno del Padre es una fiesta eterna: allí el Padre y el Hijo se miran cara a cara, se contemplan en la pureza y el gozo perfecto del Espíritu Santo. El seno del Padre es una fiesta blanca: la de la virginidad primera, la del manantial de la inocencia, la de la alegría recién y eternamente nacida. El Padre, desde toda la eternidad engendra al Verbo en la pureza inmaculada y natural del Espíritu Santo.

Fiesta primera, fiesta de Dios y, paradójicamente, fiesta del hombre. Porque tal es el resplandor de esta fiesta y tal el poder de esta fuente primera de la virginidad, que ella, “aun permaneciendo en el cielo junto al Padre, se extiende también a la salvación humana, impulsa a Dios por sí mismo a la convivencia con los hombres, hace volar al hombre al deseo de las cosas celestiales y resulta como una atadura que enlaza en parentesco al hombre con Dios”⁶³⁶.

Fiesta de Dios, fiesta del hombre: Dios lo crea a su imagen y semejanza, y el hombre, en el paraíso, vive en la gracia original: respira en la “edad del Padre”⁶³⁷: todo es joven y nuevo, nada le precede, no hay rastro de pecado; la virginidad de Dios convive con el hombre.

Pero, después de la caída, cerradas las puertas del paraíso, el hombre encuentra cerradas también las puertas de la fiesta de Dios.

La humanidad, este hijo pródigo que se aleja de su Padre, la creación entera nacida de las manos de Dios, se hacen nuevamente tierra solitaria, caos cubierto de tinieblas.

Sólo el beso del Padre vuelve a abrir las puertas a la fiesta de la Luz. Solo cuando Dios Padre se inclina hacia su criatura y desposa a la humanidad en un beso esencial con el Verbo, la naturaleza humana es restaurada y recobra su primitiva inocencia. Bajo la sombra del Padre, en el seno de María Santísima, la virginidad de Dios vuelve a convivir con el hombre. Allí, bajo la sombra fecundante del Poder del Altísimo, recupera éste la posibilidad de alcanzar esa realidad oculta en el seno de Dios: su virginidad, su inocencia.

Bajo esa misma sombra, a través de todos los tiempos, vuelve el hombre a nacer de su Padre en el seno virginal de la Iglesia, en la pila bautismal, allí recibe, en germen, la vida nueva de Dios que ya configura su alma, en verdadero desposorio, con el Hijo Jesús, hasta que el Padre llegue a contemplar en su rostro el rostro del Hijo Amado, hasta que, por la pascua de Jesús, participe del gozo perfecto de la fiesta de Dios.

Por el Bautismo, el cristiano nace de Dios, es continuamente engendrado por su Padre, es siempre recién nacido, a condición de permanecer, en vigilancia amorosa, en el seno del Padre, de volver a cada instante a la fuente de su ser.

Y si éste es el camino de todo consagrado a Dios por el Bautismo, es también, y con toda la fuerza y el dinamismo de lo absoluto y radical, el camino del monje, que para volver a la fiesta

⁶³⁶ SAN GREGORIO DE NISA, *Tratado sobre la virginidad*.

⁶³⁷ CARD. JOURNET, *Charlas acerca de la gracia*.

de Dios, por el “servicio santo” que profesa se consagra a la vivencia “más íntima” de su Bautismo⁶³⁸.

Toda la vida del monje se hace un re-nacer de Dios, un volver a Él, en la fe, durante la cuaresma de esta vida, llevando en arras la pascua de Jesús, “esperanza de la gloria”; un “servirle en todo tiempo con sus bienes que hay en nosotros”⁶³⁹, es decir, con el germen de la vida nueva de Dios, “siguiendo a Jesús a la gloria”⁶⁴⁰.

Acerquémonos a la liturgia del Bautismo, busquemos en ella el secreto de esta vuelta del monje al seno de Dios.

Dice la bendición e invocación de Dios sobre el agua: “Recibe esta agua, del Espíritu Santo, la gracia de tu único Hijo para que el hombre, creado a tu imagen, por el sacramento del Bautismo *sea purificado de todo rastro de vejez espiritual y renazca del agua y del Espíritu Santo a la inocencia de tina nueva vida*”.

El agua, “transformada en misterio de Cristo”, santifica al bautizado, con el poder de hacerlo renacer a la inocencia de una nueva infancia, es decir, de devolverle la imagen de su Padre. Es esta “la milicia” que, durante toda su vida, presta el monje bajo su único Rey y Señor: el paso de la vejez espiritual a la inocencia de la vida nueva. A semejanza de los catecúmenos de la Iglesia primitiva, que después de haber renunciado al demonio se volvían hacia el Oriente, hacia la región de la luz, para hacer su profesión de fe, el monje, estabilizado en la mirada de Dios, “sin apartar los ojos de su espíritu de la luz de la contemplación corre derecho hacia su Creador”, militando en el camino de los mandamientos de Dios, absteniéndose en todo tiempo de vicios y pecados. Es el camino que señala san Benito para el que quiere volver al tabernáculo de Dios: el de la inocencia, andando sin pecado; el de la justicia, obrando la justicia; y el de la veracidad, hablando la verdad en su corazón.

Esta es la luz con que aguarda el monje el regreso de su Señor: su mismo ser purificado y virginizado en la fe, por Jesús, la Palabra de Dios, se funde con el cirio encendido de su bautismo. Es entonces el eco viviente de la voz de la Iglesia, que al entregar el cirio al bautizado dice: “que iluminado por Cristo viva siempre como hijo de la luz y perseverando en la fe, salga al encuentro del Señor...”. Es el regreso a la fiesta de Dios: “los que han creído en Jesús y observado sus mandamientos entran con Él en la cámara nupcial de la Luz”⁶⁴¹.

No es signo de otra cosa la vestidura blanca del bautismo: *revestido* de Aquel a quien la luz envuelve como un manto”, es decir, desposado, identificado con Él, muerto y resucitado con Jesús, “habiendo participado de sus sufrimientos por la paciencia”, le acompaña ahora en su Reino.

Pero el monje no vuelve solo a la fiesta de Dios. La Iglesia unge al bautizado con el crisma de la salvación “para que, permaneciendo unido a Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey, viva eternamente”. Estas tres dimensiones del misterio de Cristo las existencializa el monje en sí mismo, escondido con Cristo en Dios, entrando desde allí, en el Espíritu Santo, en contacto íntimo Y vital con todos los hombres, con la creación entera.

Ofrecido como hostia viva y santa a Dios, en el amor y la obediencia, su vida se transforma en una verdadera liturgia. Vuelto, en sí mismo, de la oscuridad del pecado a la inocencia de Dios, anuncia a todo el mundo las maravillas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su admirable luz.

⁶³⁸ *Lumen Gentium*, 44.

⁶³⁹ *Regla* de san Benito. Prólogo, 6.

⁶⁴⁰ *Regla* de san Benito. Prólogo, 7.

⁶⁴¹ ODO CASEL, *Le bain nuptial de l'Eglise*. Rev. *Dieu Vivant*, N° 4.

Estabilizado en la mirada del Creador, “se ensancha el horizonte de su alma, y arrobado su espíritu en Dios, ve sin dificultad todo lo que está por debajo de Dios”⁶⁴². Ver es besar los seres con la mirada, es entrar en contacto con ellos, es poseerlos con el espíritu. El monje, desde la mirada de Dios se hace, en Jesús, dueño de la creación entera.

Vuelto hacia la fiesta de Dios por el beso del Padre, vuelto hacia el manantial de la vida y la inocencia, recibe ojos nuevos para mirar el cielo y la tierra, para fijarlos en Dios. Ojos de niño, espejo de la pureza del Padre, ojos que miran con mirada primera. Sus labios se hacen nuevos para sólo bendecir, para pronunciar su Nombre y cantar los secretos de Dios. Sus manos nuevas dejan la huella de Dios en todas las cosas. Recibe el gozo nuevo de la cruz y de las lágrimas, el gozo nuevo de vivir escondido y pobre bajo la sombra de Dios, la alegría nueva de su Palabra, de su silencio y de su Nombre.

Templo de la gloria del Padre, camina hacia la fuente de su ser totalmente poseído por el Espíritu Santo, fundido en él su canto esencial: ¡*Abba*, Padre! ¡Ven, Señor Jesús!

*Abadía de Santa Escolástica
Martín Rodríguez 547
Victoria, Prov. de Buenos Aires Argentina*

⁶⁴² SAN GREGORIO MAGNO, Libro II, *Diálogos*, C. 35.